

SÍ, CAPITÁN

Un nuevo estruendo, seguido de varios disparos, retumba en las paredes de una pequeña casita de pueblo, cerca de la costa. Sus blancas paredes, que antes daban cobijo a simples pero acogedoras habitaciones, ahora son testigo de la muerte de sus residentes a manos de varios hombres armados. Bajo la cama de madera de la habitación matrimonial, con la cabeza escondida entre sus finos y cortos brazos, se encuentra aterrada la hija menor de la humilde pareja que yace sin vida en la sala de entrada. La niña contiene un sollozo ante el repentino silencio, pero, al tener la nariz congestionada por las lágrimas, no puede evitar respirar ruidosamente, provocando que las pisadas que avanzaban por el pasillo se detengan ante la habitación. En un intento desesperado contiene la respiración mientras observa con ojos llorosos las botas negras que se acercan a la cama sin prisa. Empieza a marearse y se le nubla la vista. Ya se cree muerta cuando una voz lejana, desde fuera de la edificación, profiere un grito tras el cual el hombre delante de ella sale corriendo de la habitación. La niña vuelve a respirar, pero tratando aún de no hacer ruido.

Horas más tarde, cuando el pánico empieza a abandonar el cuerpo de la cría, se permite llorar. Llorar sin abandonar su escondite, tratando de expulsar todo ese miedo que la impide moverse. Su vestido, el que ella tanto adoraba, un regalo de su madre, se llena de polvo y de mugre mientras la niña de pelo castaño lleno de telarañas se desahoga. La tensión acumulada y el llanto acaban convirtiéndose en un cansancio abrumador, y el sueño no tarda en alcanzarla. Se duerme con la cabeza apoyada en sus bracitos; arañas y pequeñas hormigas se acercan para observar a su nueva compañera de vivienda.

Han pasado varios años. Cala Blanca es ya uno de los pueblos de la costa que más barcos de mercancía recibe. Su puerto está lleno de marineros y comerciantes las veinticuatro horas del día. Cualquiera pensaría que esa característica a largo plazo mejoraría la calidad de vida y el tamaño del pueblo, pero Cala Blanca es relativamente pequeño. En vez de vender sus existencias en las encantadoras calles cercadas por casas blancas, los comerciantes prefieren enviarlas a la ciudad de Mirnea, a dos días en carro del litoral marítimo, conocida por su gran mercado.

Al tiempo que Mirnea se sigue enriqueciendo y creciendo tanto física como culturalmente, Cala Blanca va perdiendo la blancura que la hacía destacar cuando empezaron a atracar en sus playas los primeros habitantes del lugar, y se va transformando en un basurero y en dormitorio para los tripulantes que aguardan a que su barco vuelva a la mar.

En contraste con los mercados y zonas de residencia en constante deterioro, el puerto destaca por sus impecables muelles de madera, que, a pesar de encontrarse sobre el incontrolable mar, son cuidados con mimo. Toda la maquinaria de las zonas de embarque, a pesar de ser rudimentaria, reluce como nueva.

Algo más lejos del puerto, un jarrón rueda por una de las calles del pueblucho, tras haber sido golpeado por una joven que avanza sin cuidado alguno, alejándose del hombre que intenta recuperar su cántaro entre quejas. Ella lo ignora y sigue corriendo. Esquiva a todos los que puede, al resto les empuja para apartarles de su camino. Nada ni nadie va a impedir que consiga embarcar, pero, si quiere intentarlo, al menos debe llegar a tiempo. Mientras corre, su cuchillo, colgado del cinturón, rebota contra su pierna casi

violentamente. Salta una carretilla de comida con la mal suerte de tropezar al caer, raspándose el brazo. Maldice entre dientes mientras se levanta para seguir corriendo.

Sonríe cuando ve por fin el puerto al final de la calle ocupada por el pequeño y local mercado, pero los extremos de sus labios caen al ver a los últimos reclutas embarcando. Aprieta aún más el paso. Choca con una joven cargada con huevos y leche, que salpican la tela oscura de sus holgados pantalones al romperse contra el suelo. Vuelve a maldecir, esta vez en voz alta, cuando descubre que con el impacto ha perdido la libreta que llevaba en el bolsillo de su chalequito. Busca a su alrededor entre los pies de la gente, haciendo caso omiso a los gritos indignados de la muchacha. Sin esa libreta está perdida. Entonces la ve, ha salido disparada hacia adelante. Salta por encima de la joven agachada que recoge su compra derramada. La agarra recibiendo alguna que otra patada de los transeúntes, pero lo único que le importa es asegurarse del bienestar de su pequeño cuaderno. Cuando comprueba que está intacto, le da un sonoro beso y sigue corriendo.

Sus rizos castaños se enredan con el viento que golpea su cara y levanta su chaleco marrón claro, descubriendo la camisa blanca y ancha que lleva debajo, y le cubre hasta los codos. Se lleva la mano a la cabeza para impedir que el viento se lleve el pañuelo que sujeta su pelo. Sus botas de cuero, una de sus posesiones más preciadas, golpean el suelo con cada paso que da, volviéndose más ruidosos cuando comienza a correr sobre las tablas de madera que forman el muelle.

“¿Capitán Borghese?”-grita mientras se acerca al imponente barco. Disimula la impresión que le genera la madera recién barnizada, los altísimos mástiles sujetando inmensas velas blancas y el monumental mascarón de proa con la figura del monstruo griego medusa, una bella mujer con una expresión terrorífica y cabellos de serpiente que dan la sensación de moverse. Por su aspecto cualquiera diría que ese barco nunca había estado en alta mar, pero lo cierto es que llevaban un par de meses en costa reparándolo, y habían hecho un trabajo excelente.

Le responde el hombre al pie de la pasarela de embarque, tan imponente como su barco.

“Depende”-dice al tiempo que se gira. “¿Quién lo pregunta?”

El Capitán aparenta unos cincuenta años de edad, pero ella sabe que es más joven; los años en el mar le han pasado factura. A diferencia de lo que suelen contar cuando hablan de malvados piratas a los niños pequeños, Borghese no cuenta con una espesa barba; de hecho, el pelo de su mandíbula parece la única parte de su cuerpo cuidada. Cubre su rostro como una sombra oscura, dándole la elegancia que no inspira el resto de él. Su cabello mal cortado, normalmente cubierto por el sombrero que ahora se encuentra bajo su brazo, no es muy largo. Un pendiente dorado decora su oreja izquierda, y cadenas del mismo color cuelgan sobre su pecho descubierto, bajo una camisa granate abierta, de mangas abombadas con bordados en los puños, parcialmente cubierta por un fino chaleco de cuero.

Lo que más impresiona del Capitán, más que su mano con dedos cubiertos de anillos, o la espada que cuelga de su cinturón, es su expresión. El único ojo que tiene a la vista es de un marrón claro, casi amarillo; el otro está cubierto por un parche negro, bastante simple considerando la excentricidad del pirata. Su sonrisa, que quizá con una buena higiene bucal podría llegar a ser encantadora, muestra unos dientes torcidos y sucios que la vuelven terrorífica.

“Cynthia”-dice la chica, a lo que el Capitán mueve las cejas sugestivamente, invitándola a seguir. “Cynthia Guttenrow. Quiero formar parte de su tripulación.”

“¿Y exactamente, por qué debería permitirte? El plazo para optar a ser uno de mis marineros terminó hace dos días”- el lobo de mar la mira de pies a cabeza sin ningún tipo de reparo. “Además, señorita, usted no encaja en la descripción de hombre de mar que requiero para las tareas de a bordo.” Sonríe, burlándose descaradamente de su aspecto y de la audacia que muestra presentándose allí para reclamar tal privilegio.

Como respuesta, la joven le enseña la libreta abierta en una página muy concreta. En esa página hay un papel doblado. Un documento que se sabe de memoria de tanto analizarlo. Uno cuya mitad inferior fue arrancada doce años antes por los hombres que asaltaron su casa y terminaron con la vida de su familia. En ese pedazo de papel está su billete para embarcar en el camino que la llevará a la conquista de su mayor ambición. La venganza con la que lleva soñando desde la primera noche que durmió sin sus padres arropándola.

El hombre casi le arranca el objeto de las manos cuando ve el sello real en la mitad superior del trozo de hoja, pero ella reacciona rápido y se lo aleja.

“¿De dónde has sacado eso?”

“Digamos que es una herencia familiar”.

El papel es un permiso para cruzar el estrecho que desemboca al otro lado del continente. Es la única salida conocida al gran océano exterior. Las leyendas hablan de grandes tesoros, tierras fértiles y ricas en minerales y vegetación, y los más fantasiosos aseguran la existencia de civilizaciones que guardan los secretos de la eterna juventud. El papel en la mano de la joven es el billete dorado para poder emprender la búsqueda con la que sueñan todos los marinos. En especial el que se encuentra frente a ella. Y los dos lo saben.

“Dámelo”-le exige llevándose la mano al cinturón, donde cuelga su espada.

“No quieres hacer eso”. El miedo que empieza a crecer en el interior de su pecho casi hace temblar su voz, pero se mantiene firme. Es la única opción si quiere mantener su atención. “Sabes lo que ocurrirá si creas un conflicto aquí. Te prohibirán volver a atracar.”

“Como si pudieran impedirme hacer algo.” Su expresión empieza a adquirir un tono de amenaza casi palpable. Se acerca a ella, pero no puede echarse atrás, no ahora. La agarra de la camisa y tira de ella para acercarla. Jadea de sobresalto cuando siente algo afilado presionando sobre su abdomen. El cuchillo rasga su camisa y corta superficialmente su piel. “¿De verdad crees que puedes jugar conmigo, niña? Te he dicho que me lo des.”

“No”-consigue responder la muchacha. “Pero, si me permites formar parte de tu tripulación, el día que lleguemos al estrecho será todo tuyo.” Cierra los ojos, temiendo su reacción. “Me necesitas. Sin la mitad que falta, antes de dejarte pasar al otro lado revisarán tu barco. ¿Crees que, después de eso, te abrirán el muelle sin hacerte preguntas?” El pirata la suelta, y su mirada le confirma que ha elegido bien las palabras. Ya está casi dentro. Lo puede sentir. “Yo sé quién tiene la otra mitad. Saben quién soy. Sin mí seguirás encerrado en estas aguas.” Sabe que hay muy pocas circunstancias en las que el Capitán Borghese se dejaría chantajear por alguien como ella. Pero también está segura de que esa es una de ellas.

Le mira a los ojos sin ningún tipo de vergüenza. Las tornas han cambiado. Le tiene contra la espada y la pared. Puede sentir cómo se debate entre aceptar su propuesta o intentar conseguir lo que quiere sin darle nada a ella a cambio. Tiene fama de estafador, de ladrón y de ser la persona menos honrada que jamás haya atracado en ese puerto, pero es la única persona que será capaz de llevarla hasta donde quiere llegar. No podía arriesgarse a pedir ayuda a cualquier otro marinero que se echase atrás en el último momento. Tenía que ser él. Y estaba a punto de conseguirlo. Se estira para aparentar seguridad.

“Está bien.”

“¿Cómo?”

“No pienso repetirme, cría”-le agarra un rizo y tira de él sin ningún cuidado. “Vas a deshacerte de esto. Y vas a convencer a todo el mundo de que has conseguido un puesto en esta tripulación de la misma manera que ellos. Es un privilegio poner un pie en mi barco. Y nadie puede pensar que tienes más privilegios que ese.” Cynthia se muerde la lengua para contener la sonrisa. Aún le queda mucho camino. No se puede relajar. Pero vaya que es un avance. “Limpiarás y harás lo que te ordene. Cualquier falta de respeto será castigada severamente.” La vuelve a agarrar y le acerca la pequeña daga que aún no ha guardado. “Y, como algo de lo que me has dicho sea mentira, no me servirá con acabar contigo. Me servirás de ejemplo para que cualquiera que intente engañarme en el futuro se lo piense dos veces. ¿Está entendido?” La chica respira hondo. Ahora empieza todo, y no puede esperar un segundo más.

“Sí, Capitán.”

Julia Gutiérrez Atienza (6º A)